

ne á su anciano padre que se suicide, ó que de lo contrario recibirá la muerte por mano del verdugo. Sus partidarios quisieron echarse sobre los soldados del hijo rebelde; pero detúvolos el anciano, y entregándose espontáneamente á los ejecutores, murió perdonando á su agresor, ó por mejor decir, murió como un verdadero discípulo de Jesús. Un parricida apóstata inauguraba en Arima la era del martirio, y la sangre no cesará de correr sino á intervalos muy cortos. Caen por todas partes las cruces, y son derribados los templos; Miguel desea verse solo con sus súbditos, porque espera que no hallándose presentes á todas horas los Jesuitas para animar su valor, conseguirá enervar este por medio de las torturas. El primer acto, pues, de su reinado fue la expulsion de los Jesuitas; mas si obedecieron algunos para calmar sus recelos, se ocultaron otros en las moradas de sus neófitos, á quienes fortificarán en la hora del peligro. Manda el tirano comparecer en su presencia al príncipe Tomás, que era la gloria del ejército por sus hechos militares, y el honor de la Iglesia por sus virtudes; y después de poner en juego todos los resortes de la adulacion y de las amenazas, le intima que abjure la Religion que ha abrazado. «Nunca, exclama el héroe; todo soldado que abandona la bandera de su rey, es un cobarde; como cristiano, sigo la bandera de Cristo; jamás verá en mí el Japon un cobarde ó un traidor.» Esta fue su sentencia de muerte y la de toda su familia. En seguida participa al Emperador la persecucion contra los Cristianos que ha comenzado, y este anima su ferocidad. Para desembarazarse del temor que le asaltaba, al reflexionar que sus hermanos pudieran quizás un dia disputarle el poder, mandó asesinarlos á todos. El mayor contaba solos ocho años; pero la precoz inteligencia de estos niños mártires les habia hecho conjeturar la suerte que les aguardaba, y se habian preparado á este trance por medio del ayuno y de la oracion, por espacio de cuarenta dias.

Convencidos los Padres de que la mision era mas abundante que nunca, concibieron el proyecto de crear una especie de aureola humana que sirviese de estímulo á los neófitos, á quienes amenazaban los decretos del Emperador. Créose en Arima una cofradia de mártires, difundiéndola después por todo el Japon. El objeto de ella se reducía á preservar de la defeccion á los Católicos, haciéndoles codiciar la tortura, el destierro y la muerte,

como la recompensa de la virtud. Se alistaban y regularizaban los japoneses para morir, colocándose en la senda del martirio. Á vista de los verdugos, este era el único acto de resistencia que aconsejaban los Padres, el único que hizo este pueblo, exponiendo su vida para no apostatar. Hasta este dia habian Daifusama y Miguel contemporizado con los Jesuitas, porque necesitaban de los portugueses para la exportacion de sus manufacturas, y sabian que degollar á los misioneros era ahuyentar de sus costas á los traficantes europeos; mas luego que los ingleses y holandeses, después de confesarse hostiles á cuanto pertenecia al catolicismo y á los Jesuitas, propusieron un comercio, modificóse la política del Emperador. Ofreciéndose á reemplazar con ventajas á los portugueses, se mostraban hostiles á todo lo que era cristiano, y á todo lo que sabia á Jesuita. Daifusama, pues, pudo arrancarse la máscara: veíase apoyado por los europeos, que á título de comercio, venian á continuar en el territorio del Japon la guerra que los Calvinistas y Luteranos declaraban á la Iglesia. Los consejos de los ingleses no dejaron de producir su fruto, y en 1613 el rey de Arima promulgó edictos mas crueles todavía.

No quedaba mas alternativa que volver á la idolatría, ó pagar con la vida la Religion que habian predicado los Padres; y hubo entonces en todas las provincias uno de aquellos movimientos populares que la historia no puede casi explicar sino por sus efectos. Al modo de los Cristianos de la primitiva Iglesia, aquel pueblo habia revivido en el Bautismo aquel valor intrépido que tenían antes adormecido las pasiones. Una nueva fe le comunicaba una nueva energia, y solo miraba la muerte en un cadalso bajo su aspecto mas consolante. Reuniase la multitud en los pueblos para seguir hasta la hoguera los neófitos destinados á la muerte; cuyos hijos y esposas se adornaban con los mas preciosos vestidos, y entre himnos de júbilo y oraciones ardientes y llenas de piadoso entusiasmo, los que iban á perecer enseñaban á los demás que la hoguera aproximaba al cielo.

En Meaco y en todas las ciudades se formaban las listas de los proscritos, y los fieles que no se denunciaban á sí mismos no eran perseguidos. El Emperador los tenia por idólatras, y se les dejaba vivir pacíficamente en el seno de sus familias. No tardaron estas listas de proscripcion en llenarse de millares de nombres de personas que imploraban el suplicio con mayor instancia de lo

que hubieran solicitado una gracia imperial. Llegó á ser su número tan considerable, que horrorizado el gobernador de Meaco, le redujo á mil setecientos. En esta ciudad residian quince Jesuitas: seis de ellos son puestos en las listas, los otros nueve se ocultan para mantener entre los neófitos el ardor que les han inspirado. El P. Carvalho, nombrado provincial por la muerte de Gomez, veíase tambien por la del obispo con el cargo de la administracion general. Probó aplacar al Emperador y á Safioi, su primer ministro, pero fueron inútiles sus tentativas. La avidéz británica habia atizado la llama de la discordia, llama que no debia apagarse ni aun con la sangre.

Una imprudencia de los japoneses puso el colmo á todos estos males. Los Jesuitas los preparaban para el martirio, pero no pretendian provocarlo ni por intempestivas demostraciones, ni por inútiles amenazas. Reuniéronse los neófitos, y se obligaron bajo juramento, á no permitir jamás que los Jesuitas fuesen desterrados del Japon. Los Padres no perdonaron ruego ni diligencia para borrar este artículo del código que se habian trazado los Cristianos. Este código, que estaba firmado con la sangre misma de los catecúmenos, cae en manos de Safioi. Ciento diez y siete Jesuitas, y veinte y siete misioneros de las Órdenes de san Agustin, san Francisco y santo Domingo, son conducidos al puerto de Nangasaki, desde donde se les deporta á Maçao ó á las Filipinas. Solo quedaron veinte y seis Jesuitas, con algunos religiosos de otros Institutos.

Hallábanse entre los proscritos el rey de Tambah, el general Ucondono y otras muchas familias ilustres: unos murieron durante la travesía, á causa del mal trato que les daban, y sucumbieron otros, como Ucondono, pocos dias después de su llegada á Filipinas, á impulsos de los muchos padecimientos, con tanta resignacion tolerados.

Al marchar Carvalho al destierro, legó sus poderes al P. Gerónimo Rodriguez, encargando á Spínola la mision de reanimar con su celo la fe de los moradores de Nangasaki. Este último, destinado para ser el historiador de los mártires, de cuya corona participará un dia, se entregó sin demora al desempeño de su cometido; mientras que otro de su mismo nombre, el marqués Ambrosio de Spínola, se hacia uno de los mas grandes capitanes de su siglo, luchando con éxito contra Mauricio de Nassau. Co-

mo el rebaño se habia quedado huérfano de pastores, creyó Daifusama que el aparato de los suplicios inspiraría un terror mas profundo; viendo que á nadie intimidaban las cruces ni las hogueras, mandó inventar nuevas torturas, persiguiendo á los misioneros con tan bárbaro teson, que bien pronto no fue su existencia mas que una agonía, cuyo relato hace estremecer.

«Vivo encerrado en un aposento estrecho y tan oscuro, escribo uno de los Padres en 1615, que no he visto la luz del cielo durante sesenta dias; y si llega hasta mis ojos una pequeña claridad, debo dar gracias á la accion del tiempo que ha formado una rendija en el muro, siendo insoportable el calor que me obliga á tolerar lo reducido de este recinto.»

Otro referia de este modo sus padecimientos: «Este año he pasado tres veces á Grocura, en el Bungo, no sin dificultad y sin riesgo. Caminaba de noche, muchas veces sin conocer el terreno que pisaba, á través de precipicios y abismos inmensos; y mas de una vez he rodado hasta el fondo. No ceso de sufrir, ora sufocado por el calor, ora yerto de frio, ó desmayado de hambre.»

En la misma época escribia otro: «Apenas me hallo seguro en el húmedo rincon de una choza, porque mi huésped no se fia de sus criados, ni aun de sus hijos. De vez en cuando me suministra por sí mismo un poco de arroz; y cuando se hallan entregados al sueño los de la casa, salgo de ella para acudir á donde me llama la salvacion de las almas. Me ha causado tan vivos dolores en el costado la humedad de mi recinto, que ya no me es posible estar en pié ni echado; mi corazon rebosa, sin embargo, de un placer tan grande, que se hace sentir hasta en mi mismo cuerpo, y mitiga todos mis padecimientos.»

Tal era la vida que ambicionaban los Jesuitas de Europa, y aun llegó á ser mas horrorosa. Fideyoro, hijo de Taicosama, que habia conocido con la edad que en vez de ser el amo era el esclavo, resolvió decidir la cuestion por medio de las armas. Estalló la guerra, y saliendo vencedor Daifusama en 15 de julio de 1615, aseguró el trono á su posteridad, y murió de allí á diez meses, legando á su hijo Xogun con la corona del Japon el odio que profesaba á cuanto pertenecia al nombre cristiano y al de Jesuita. Xogun sobrepujó las esperanzas de su padre.

Si los reyes de aquellos paises hacian mártires, las tribus in-

dianas quisieron también enseñar á los misioneros que los suplicios estaban muchas veces al lado del triunfo: si un Spínola combatía en Nangasaki contra los idólatras, un Aquaviva, sobrino del General de la Compañía, y un Pacheco espiraban en Salseta. Rodolfo Aquaviva nació en 1551 de una familia ilustre: se había sustraído á los honores y grandezas para consagrarse á Dios; anciano ya en ciencia y en virtud, abandonó la Europa para no volver más á ella; y como el camino de las misiones era el más próximo para obtener la palma del martirio, fue enviado á ellas por su tío el General de la Orden, quien sabedor de que Akebar, soberano del Mogol, deseaba escuchar á los doctores de la nueva ley, comisionó á su sobrino en unión de los PP. Antonio Montserrat y Francisco Enriquez para que condujesen á aquel imperio la luz de la fe. Pero si Akebar se presta á un apostolado cuyos deberes no osa comprender, sus súbditos escuchan á los Jesuitas y los admiran; pero todos sus esfuerzos son impotentes para contrarrestar las pasiones y el orgullo: por lo que, considerando Rodolfo que aquel suelo será largo tiempo infructífero, se decide á regresar á Goa, no sin gran sentimiento del Monarca, que para manifestar al Jesuita su aprecio, otorgó la libertad á cuatro cristianos. Apenas hubo llegado á su destino, cuando recibió orden de pasar á gobernar las residencias de la península de Salseta, orden que Rodolfo se apresuró á cumplimentar, siendo su primer cuidado el de buscar un sitio á propósito para la erección de una iglesia. Hallábanse el 15 de julio de 1583 ocupados en colocar un calvario, cuando los indígenas, largo tiempo irritados contra los portugueses, se lanzaron sobre los misioneros; quienes, á pesar del aviso y consejo del intérprete que les acompañaba para que se sustrajesen al peligro por medio de la fuga, no quisieron abandonar el puesto ni defenderse. Aquaviva contaba solos treinta años; pero en tan corta edad ve venir la muerte sin temor y aun con júbilo: nada le importa que un atroz hachazo le separe las piernas del tronco; al verse en el suelo, dá un ósculo de paz á la tierra que le ha de servir de cama mortuoria, y extasiado de placer presenta su cuello al hacha de los verdugos, que no tardan en hacerla rodar á sus piés. Los PP. Pacheco, Berna, Antonio Francisco, Aragua y veinte cristianos más compartieron la misma suerte. Sucumben á los golpes de la cimitarra, ó son atravesados por mil flechas.

Cuando el Gran Mogol supo la trágica muerte de Rodolfo, á quien llamaba su amigo, despachó un embajador al virey de las Indias y á los Jesuitas de Goa, con la misión de participarles su sentimiento. Así transcurrieron algunos años, hasta que realizándose el deseo de Akebar, volvieron los misioneros al Mogol; y el Dr. Ranke en su *Historia del Papado*, refiere de esta manera sus trabajos: «Cuando el Emperador, dice, llamó á su lado los «Jesuitas, les declaró que había deseado conocer á fondo todas «las religiones del globo, y que por consiguiente deseaba iniciarse en los misterios de la religión cristiana, por medio de los «Padres á quienes apreciaba y veneraba.» Gerónimo Javier se estableció en la corte en 1595. Las continuas revueltas de los Mahometanos contribuían á disponer favorablemente al Emperador con los Cristianos, los que celebraron de la manera más solemne la fiesta de Natividad en Lahore en el año de 1599. El pesebre del Salvador estuvo expuesto por espacio de veinte días, acudiendo una inmensa multitud de catecúmenos con ramos en las manos al pórtico del templo donde recibieron el Bautismo. Leyó el Soberano con bastante emoción una vida de Cristo, redactada en idioma persa por el P. Gerónimo; mandó conducir á su palacio una imagen de la Virgen, copiada de la *Madona del Popolo*, en Roma, con el objeto de enseñarla á sus mujeres. Los Cristianos se prometieron de sus buenas intenciones resultados más felices que los que era permitido esperar; no obstante, hicieron grandes progresos. Después de la muerte de Akebar, acaecida en 1610, se presentaron en la iglesia tres príncipes de la familia imperial, montados en elefantes blancos, pidiendo el Bautismo, que el P. Gerónimo les confirió solemnemente, habiéndoles recibido al son de clarines y timbales como se usa en aquel país; y á pesar del cambio que se observaba algunas veces en las disposiciones, según que se estaban en mayor ó menor inteligencia con los portugueses, se llegó á creer que se podría consolidar definitivamente el cristianismo. En 1621 fundaron los Padres un colegio en Agra, y una residencia en Patna, dejando vislumbrar el emperador Dochehangis cierta halagüeña esperanza de que quizás se convertiría al catolicismo.

En todos los continentes, en todas las islas á donde hemos visto á los Jesuitas llevar el Evangelio y la civilización, se ofrecían

á su paso idénticas peripecias. Aquí eran acogidos con entusiasmo por los catecúmenos; allá sufrían la barbarie de los idólatras, y los gozos del apostolado se hallaban casi siempre juntos á los gloriosos sufrimientos del martirio. Muchos años transcurrieron en estas fatigas corporales y espirituales; pero no obstante, las misiones prosperaban fecundizadas con la sangre de los Jesuitas, aunque sin ser suficiente todas las torturas imaginables para ahogar el impulso dado al catolicismo. Los táes, tribu errante de las Molucas, asesinaron en 1581 á los PP. Jorge Fernandez y Gomez Damaralle: el 13 de julio de 1594 fue muerto por los salvajes de Gusnaloa el Jesuita Gonzalo Tapia, aquel gran cazador de almas, segun la expresion del cronista de Oultreman; y algunos meses después, en abril de 1595, sucumbió el P. Abrahan Jorge, víctima del puñal de los etiopes, mientras que el P. Francisco Fernandez, que pasó á Bengala á continuar la mision que habia preparado Nicolás Pimienta, pereció de la misma manera.

Dejábaseles ver la muerte bajo mil diferentes aspectos, sin que por eso hiciese retroceder á ninguno. La América y el África venian á ser para ellos una segunda patria, por hallarse ligados á ellas por los dolores y las esperanzas. El reino de Angola habia abrazado el cristianismo, y escuchaban su voz las islas del Atlántico, las Azores, las de Cabo Verde y las Canarias. En 1604 penetraban tambien en la Guinea conducidos por el P. Barreira, donde después de conferir el Bautismo al rey de los Montes de Leona y á toda su familia, tuvieron el placer de cristianizar á todo el pueblo en masa. El soberano de Tora abrazó á su vez el cristianismo; y viendo los Jesuitas lo indispensable que le era vivir en buena armonía con el monarca su vecino, después de decidirle á entablar con él relaciones amistosas, queriendo cimentar tambien la paz evangélica, supieron inspirar á ambos sentimientos de humanidad.

Cuando moria un príncipe, inmolaban sobre su tumba á todas sus mujeres, amigos y esclavos, costumbre atroz que habia echado profundas raíces, y que fue, sin embargo, abolida por los Padres. Solo una vez habia franqueado el Monomotapa sus puertas al paso de un Jesuita, y fue víctima de su intrepidez. Sin que les asustara la suerte de Gonzalo Silveira, otros siguieron sus pasos y tuvieron el mismo fin. Mas habiéndose el Rey libertado por medio de los portugueses de una conspiracion tramada contra sus

dias, y deseando manifestarles su gratitud, llamó los Jesuitas á sus Estados, y el buque que los conducia encalló en un banco de arena, salvándose algunos pasajeros. El P. Pablo Alexis repara sobre el puente á un cafre, á quien aterraba la proximidad de la muerte; le carga sobre sus hombros, y á través de los escollos que le desgarraban las piernas, depositó en la ribera aquella carga de su caridad. El cafre vivió; pero dos dias después espiró en Zimbao el P. Alexis. Mas no fue perdido este acto heroico de caridad, antes por el contrario hizo una impresion tan viva en el espíritu de aquellos indígenas, que cuando se propusieron los Padres anunciarles la doctrina evangélica, hallaron por todas partes corazones dóciles y sumisos.

Al morir en 1577 el P. Oviedo, patriarca de Etiopia, ya no existian los Jesuitas que habian compartido su cautiverio; pero en cambio se introdujeron los PP. Melchor Silva y Pedro Paez en este imperio, protegido contra el cristianismo por la cimitarra musulmana, disfrazados de mercaderes armenios. Bendice Paez á su llegada y acaricia á aquellos neófitos, á quienes no habian podido cambiar los padecimientos ni el abandono. Presentóse Paez al Soberano, quien prendado de su intrepidez, le hace sentar en su mismo trono; y después de escucharle con calma, le permite difundir por todo su imperio los preceptos evangélicos, de cuya pureza le ha dado pruebas el Jesuita. A esta feliz noticia los PP. Luis de Acevedo y Antonio de Angelis acuden con otros misioneros á Etiopia, y en 1607 fundan ya casas y colegios en las principales ciudades de este país. Una sublevacion popular arrebata al Monarca; pero su sucesor se declara abiertamente el protector de la religion católica; escribe de su mano al Pontífice, y después de tantas tribulaciones, se queda por último establecida la mision. El virey de Tigré imita al Emperador; y Sela-Christos, su hermano, y una parte de su familia y de su corte recibieron públicamente el Bautismo.

En Méjico empezaba por fin á progresar la civilizacion y el cristianismo: los Jesuitas se hallaban al mismo tiempo en la Nueva-Vizcaya y en el Lago Ontario, desde donde empleaban toda especie de estrategia para civilizar aquellas naturalezas agrestes, á quienes trataban de conducir á la felicidad; y cuando los hombres maduros se resistian á sus esfuerzos, se dirigian á los niños, haciéndolos catequistas de sus familias, y apóstoles de su patria, y

formándolos, en los colegios de Méjico, para misioneros, librando á la generacion naciente de la corrupcion de la que habia precedido. Se creaban residencias en todos los puntos de aquel vasto imperio, y en 1608 la mayor parte de la poblacion era ya cristiana. En aquel año hizo la peste horriblos estragos; pero habiendo hecho una promesa los mejicanos á Nuestra Señora, cesó el azote desolador; y agradecidos aquellos, remitieron á Loreto una imágen de la Virgen, formada con las plumas mas bellas de los pájaros mas raros. El P. Juan Plaza y el P. Sanchez, fundadores de esta mision, habian fallecido con algunos años de intervalo; y queriendo los Jesuitas compartir con los demás religiosos el vasto campo que habian desmontado, llamaron á Méjico á los Hermanos de San Juan de Dios.

Tambien el Perú tenia en 1590 sus mártires y sus triunfos. El P. Antonio Lopez moria envenenado por los salvajes, que en el mismo mes asesinaron al P. Miguel Urrea; mas no por eso cesó en sus tareas apostólicas el P. Alfonso Barsena. Él solo logró catolizar el Tucuman, y por espacio de veinte años se habia hecho de aquella provincia una especie de ciudadela, desde donde batió en brecha á la idolatría y á las costumbres de los bárbaros. Murió Barsena en 1597; pero en 1604 arribaron al Perú cincuenta y seis Jesuitas con el objeto de reemplazar á sus colegas agobiados por los continuos trabajos. No habia catecúmenos en Cusco; mas advirtiendo los Padres que en aquella poblacion era inmenso el número de ciegos y mudos, se dedican á enseñar á los primeros las máximas del Evangelio, repitiéndoles muchas veces las historias de la Escritura, y envíanlos en seguida por las diferentes casas de la ciudad á repetir á los jornaleros los rudimentos de la fe. El pueblo los rodeaba, escuchándolos con avidez; sucediendo con bastante frecuencia que lo que no habia podido conseguir el misionero con todo su entusiasmo y facundia, lo consumaba la simple palabra del ciego. A los mudos les enseñaban los Jesuitas el lenguaje del gesto, y los mudos á su vez se convertian en catequistas.

En esta misma época fue dividido el Perú en dos viceprovincias, la una septentrional, y meridional la otra, pasando bien pronto el Chile, el Tucuman y el Paraguay á componer otra tercera, á donde envió Felipe II otros ocho Jesuitas bajo la direccion del P. Valdiva. Existia al Sud de Biobio, entre los Andes y el océa-

no, un pueblo mas indómito aun y cruel que las demás naciones de Chile: eran estos los araucanos, quienes á mas de asesinar al gobernador Martin de Loyola, se hallaban en una completa insurreccion. Persuadidos de que el agua que se derramaba sobre la cabeza en el Bautismo causaba una muerte inevitable, odiaban aun mas á los Jesuitas que al resto de los españoles: adelantábase aquellos sin embargo hácia Arauco con ánimo de apaciguar la efervescencia de aquel pueblo; aréngalos el P. Martin, y al prometerles que se les haria justicia, todo el furor y toda la crueldad de aquellos bárbaros se convierte en mansedumbre y compuncion.

Quejábanse los araucanos de que los esclavos que daban á los Jesuitas para la servidumbre del colegio de Chile pasaban en el hecho mismo á la clase de libertos, siendo así que ellos se veian reducidos perpetuamente á la esclavitud; sabido lo cual por Aranda, no le fue difícil el persuadirles que el cristianismo en vez de forjar las cadenas las rompía, y con esta sola palabra llegó, á pesar de los comerciantes ingleses, á dominar la poblacion baja. Sometiéronse los araucanos al Evangelio sin repugnancia; pero siendo preciso garantir su independencia, se comprometieron á ello los Jesuitas, y lo obtuvieron. Mas como este ejemplo de manumision destruía los cálculos ambiciosos de algunos europeos, esta ambicion burlada hizo brotar una multitud de rivalidades y odios, que mas tarde pararon en ultrajes de toda especie contra los Padres. Resuélvese el P. Valdiva á presentar al pié del trono de Felipe la cuestion de la esclavitud; el Monarca español comprende y aprueba las razones del Jesuita; este sale triunfante y con él la libertad, y en seguida regresa á Chile, donde los pueblos reconocidos se lanzan á sus plantas, pidiendo todos ser filiados bajo el pendon de la Cruz, que habia llegado á ser para ellos un signo de salvacion y una prenda de seguridad.

Los Cristianos estaban seguros de ser libres: evádense tres mujeres esclavas de la casa de un jefe chileno, llamado Agananon, y presentándose en la morada de los Jesuitas, pidieron que las bautizasen: hicieronlo aquellos en efecto; y cuando después las reclamó su dueño, se negaron á someterse á su yugo, alegando el derecho que las daba el Bautismo. El jefe contuvo su cólera, y firmó con los demás el tratado de paz que Valdiva les ha hecho concluir con el Virey. Pasados algunos dias llega á saber Agananon que los PP. Aranda y Vechi, y el coadjutor Diego Montal-

ban, pasaban al interior de aquella comarca. Escortado por doscientos jinetes el chileno sigue la pista á los Jesuitas; arrójase sobre ellos en el momento en que se hallaban distribuyendo la divina palabra á aquellas tribus nómadas que aun no se habian dignado aceptarla, y sin compasion los asesina. Estas tres muertes renovaron los odios y el espíritu de especulacion. Los Jesuitas lo habian arriesgado todo para obtener la libertad de los chilenos, y los Padres mueren víctimas de su humanidad. Era por lo tanto preciso vengarlos, permitiendo á los españoles el tráfico de sus semejantes; pero Valdiva, cuyas ideas estaban muy distantes de respirar venganza, pues no era de aquel modo que se venga la Compañía de Jesús del asesinato de sus Padres, se opuso á semejante proyecto; y aun instó mas que nunca por la conclusion de la paz, haciéndosela firmar al encargado de negocios español, y á los diferentes jefes de Chile, y ofreciéndosela á los guaguas, que no tardaron en aceptarla bajo las mismas condiciones, y los Jesuitas construyen en Chile otras cuatro casas.

El principio de libertad, sellado con la sangre de Aranda, Vechi y Montalban, empezaba á plantearse en el Brasil, en cuyo imperio obtuvieron los Padres los mismos resultados que en el Perú. El P. José Anchieta acababa de fallecer en 1597; y en el mismo año prohibió el Monarca español, como para honrar la memoria de este hombre verdaderamente apostólico, el tráfico de esclavos en el Brasil, en donde no queria ver sino cristianos. Anchieta y sus compañeros habian consolidado tan bien su obra, que ocho años después, á mas de poseer la Sociedad un gran número de casas y residencias, contaba en Bahía cincuenta y seis individuos, sesenta y dos en Fernambuco y Rio-Janeiro, y cuarenta distribuidos por las ciudades y pueblos inmediatos, dispuestos todos á prestar su apoyo á las misiones y colegios. Tenian que luchar contra la avidez de los españoles é instintos salvajes de aquellos bárbaros, que cristianos la víspera, no buscaban frecuentemente mas que un pretexto para romper con la civilizacion; pero supieron resistir á la codicia de unos y á la ferocidad de otros.

Esta multiplicidad de misiones no arredraba el valor de los Jesuitas; sentíanse con bastante vigor para arrostrar los peligros que se renovaban sin cesar, y mientras que unos se lanzaban á los archipiélagos del Nuevo Mundo, marchaban otros á la Pannonia y á la Valaquia.

En 1601 confió el emperador Rodolfo el mando de su ejército contra el turco al duque de Mercœur, uno de los capitanes mas valientes de la Liga, que habia hecho las paces con Enrique IV. Acepta Mercœur el cargo que se le confia, y se propone llevar en clase de auxiliares á los Jesuitas, que le precedieron en Hungría, asistiendo á la batalla de Stuhl, y bendiciendo la victoria que consiguieron los Cristianos bajo los muros de esta ciudad; y arrojado después el turco de aquellas provincias, prosiguieron la carrera de las misiones. En 1603, habiendo encontrado el Padre Francisco Zgoda á un embajador del gran kan de Tartaria cerca del rey de Polonia, le preguntó si seria posible penetrar en su país; y contéstale el embajador que era preciso un firman, sin el cual quedaria preso el que entrare. Zgoda se deja prender por los tártaros, y rescatado por el mismo embajador á quien habia visto en Kamenitz, es presentado por él á sus amigos y conciudadanos como un doctor de la ley católica. Elevado al apogeo de su ansiada felicidad, se establece el Jesuita no léjos de Teodosia ó Caffa, en una bahía del mar Negro, donde con anuencia de los indígenas empieza á predicar el Evangelio; y no fueron, por cierto, inútiles sus desvelos, pues antes de poco tiempo fundó una nueva cristiandad.